

pleta por parte del vecindario y a fuerza de no molestar se llegaron a comprenderse y beneficiarse evitándose no pocos descarríos por buena disposición de estas mujeres hacia la conveniencia de los obcecados.

A pesar de su tacto no podía evitar que se le enchularan las pupilas porque son muy, muy..., motivando enfrentamientos y discrepancias que se solucionaban con traslados para mantener la seriedad de la casa pues una cosa es el trabajo y otra el sentir y las apetencias de cada cual y la dueña necesitaba mucho conocimiento, mucho carácter y no escasas dotes para mantener en paz el burdel.

Algunas pupilas antiguas y estables conocedoras del personal y acopladas ellas a su flaqueza, como la Minerala y la Carmen, solían hacer las veces de la Blanca sin distinción. También la Patolas, otra Carmen pero sin confundirse con la de la Minerala, fumadora, bebedora y mal hablada contumaz, como signo de su autoridad.

Bastantes pupilas permanecieron aquí largo tiempo amoldadas a estas condiciones de convivencia y varias echaron raíces rehaciendo su vida con honestidad irreprochable de diablo harto de carne, que puedo proclamar por haberlas seguido hasta la muerte sin observarles la menor infidelidad.

Un aspecto funesto pero curioso lo era el curanderismo de las meretrices y la asistencia en general a las enfermedades llamadas secretas, sin duda porque en secreto se las adquiría, sin poder decir de qué, y en secreto se deseaban eliminar. A causa de esta cualidad era siempre la causante la primera consultada, suponiéndola entendida y que se sorprendía por no pasarle nada, pero en ocasiones tomaba a su cargo las curas hasta la terminación o bien el enfermo seguía el peligroso camino de las ocultaciones entre los mancebos de botica y los Practicantes, todo menos descubrirse al médico ni éste fijarse mucho cuando las mujeres de la casa le informaban de las señales que habían observado.

Aparte de lo dicho sorprende la razón de que el mantener la dolencia a ese nivel era por no concederle importancia y creer que todo eran meras irritaciones que con darse algún agua o echarse unos polvos se les secaría y en paz. Cuántos sufrimientos y desgracias familiares motivaron estas apreciaciones simplistas de dolencias que eran prácticamente incurables y que ahora, aunque se curen, comienzan a verse de nuevo, entre jóvenes, digamos de vida honesta y por las mismas razones de la promiscuidad.

En el café de la Paja, que creo fue el garito mas importante que ha tenido Alcázar, entré infinidad de veces por la mañana, pero muy poco por la tarde o por la noche y nunca como punto. Y lo mismo al colmado de Emilio el Pámpano, que estaba en la esquina de enfrente sin que yo fuera ningún proveedor que tienen esas horas, sino simplemente chico de la vecindad que por su trabajo se rozaba mucho con todos los fulleros por eso he rememorado más de una vez la pena de ver desplumados a los yeseros por aquellos bigardos y por eso también, otros cafés posteriores que taparon igualmente sus vidrieras con cortinillas de color de rosa, no me tentaron nunca.

La misma suerte corrí en Madrid donde conocí por fuera los establecimientos matrices de los de Alcázar en sus calles de la Magdalena, Encomienda, Esgrima, Jesús y María etc. En cambio estuve en la vecindad de muchos de sus actantes y tuve contacto largo con los músicos, con